V

Faustina comprendía que era amada con violenta pasión: una mujer no se engaña jamás en los sentimientos que inspira; ve claramente la perturbación que produce y la emoción que despierta. Si la señora de Guessaint hubiese sido coqueta, hubiera hecho como las demás; pero sincera y leal, preguntábase con angustia si no estaba ella tam-

bién á punto de amar, ó si no amaba ya. Santiago la seducía por su carácter franco y alegre, por su ardimiento, y sobre todo por esa llama del genio que le iluminaba. Ante Faustina se planteaba la temible cuestión que tanto temor ha infundido á muchas mujeres honradas. «Me aman. ¿Qué haré si correspondo?» Siempre se espera contemporizar con el corazón. Para una mujer como la señora de Guessaint, pura cual la nieve inmaculada, y de una lealtad inflexible, el adulterio es una palabra vacía de sentido; y la idea de mentir no podía penetrar en su espíritu, ni admitía tampoco la hipótesis de una falta. Con la candidez poética de su alma de artista, creía que Santiago la amaba apasionadamente, pero de una manera platónica. No se le ocultaba á Faustina que imponía al joven. ¿Osaría éste hacer una confesión? Por lo demás, experimentaba un placer profundo en aquellas visitas cuotidianas, y salía del taller contenta y feliz. Siempre se mostraba alegre, risueña y expansiva, admirando con aquel cambio á Nelly, que ya no la reconocía. Llegada la noche, bien permaneciese en su casa ó se presentara en alguna reunión, revivía con el recuerdo las dulces horas pasadas.

Cierto domingo había almorzado sola: hácía algunos días que veía muy poco al señor de Guessaint, ocupado con sus preparativos de viaje. Sentada junto al fuego, en su gabinete, pensaba en la semana que había transcurrido, y preguntábase cómo habían sido suficientes algunos días para cambiarla tan marcadamente. ¿Amaría ella también? Imposible. Á cada momento luchaba contra la seducción irresistible á que estaba sometida. Y no era porque se avergonzara al decirse que podía faltar, sino porque se rebelaba contra el dominio que en ella misma se ejercía. ¿Tendría alguna inclinación culpable, ella, que era tan libre y tan altiva? Lo que parecía extrañarle más era que no luchaba, ni deseaba tampoco resistir, recayendo siempre en la misma conclusión, en que amaba á Santiago, ó le amaría. Sin embargo, su amor no debía conocer los torpes abandonos ni las vergonzosas derrotas: Faustina se decía algunas veces que el honor era la limpieza del alma, y parecíale imposible que esta última no estuviese tan limpia como su cuerpo: las manchas no la alcanzarían jamás. La señora de Guessaint no tenía en cuenta que semejantes ideas son tanto más peligrosas cuanto que impiden temer el peligro. No, ella no le temía, y dejábase llevar por su amor con altiva temeridad. Tal era la hada de los Glaciares en la leyenda sueca: Odín ha querido elegirla por reina de las altas montañas, y su imperio durará tanto como su virginidad; indiferente y ligera, corre por las altas cimas, riéndose de los abismos que se abren á sus pies; pero cierto día ama y es correspondida. Entonces se cree tan valerosa como en otro tiempo; mas su fuerza la engaña; apodérase de ella el vértigo, y rueda en los precipicios sin fondo.

La camarera, entrando en el gabinete, distrajo á Faustina de sus reflexiones.

—El señor Percier—dijo—pregunta si la señora podrá recibirle.

La señora de Guessaint quedó un poco asombrada, preguntándose qué desearía el visitante; pero de pronto sonrió, recordando su conversación con el marido de Nelly.

—Introdúzcale usted—contestó.

En los ojos de Faustina brillaba una expresión maliciosa. ¡El pobre hombre venía á confesarse con una docilidad de colegial! Faustina se regocijaba de antemano al pensar en el temor que debió infundir al tímido esposo de Nelly; y en efecto, el señor Percier entró algo descompuesto y muy colorado. Sin saber cómo entablar la conversación, habló torpemente de cosas frívolas; pero la señora de Guessaint le recordó muy pronto de qué se trataba.

—Es cosa convenida—le dijo—que usted me considerará como una amiga, y amiga verdadera. Amo tiernamente á su esposa, quiero que sea feliz, y me parece que entre ustedes hay más de una mala inteligencia; pero, en todo caso, supongo que no será muy grave. Contésteme, pues, con toda franqueza. ¿Ama usted á Nelly?

—Sí—murmuró Félix.

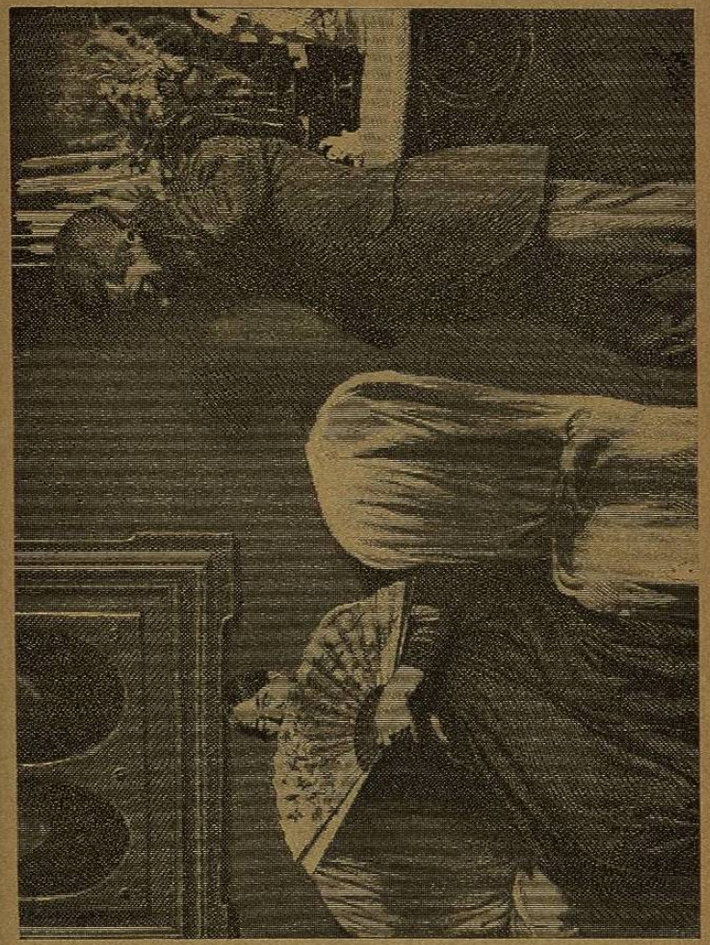
—¿Mucho?

—Apasionadamente.

Y pronunció esta palabra con tal ardimiento, que Faustina le miró asombrada.

—Entonces—repuso—no comprendo nada. ¿Cómo engaña usted á su esposa si la ama tan apasionadamente? Esto es de todo punto inexplicable.

—No es inexplicable... pero sí muy difícil de explicar.



—¡Muy difícil!

—¡Mucho, señora... ya lo verá usted! ¿Me permitirá andar de un lado á otro? Si ando, no la veré á usted, y me parece que no viéndola tendré más valor.

Paseándose de arriba abajo, y hasta volviendo un poco la espalda á Faustina, lo cual producía un efecto bastante cómico, Félix refirió la delicada historia de sus relaciones conyugales, muy delicada en efecto. El pobre hombre tenía una gran desgracia; era... muy sensual; adoraba á Nelly, y esforzábase por demostrarle, con la mayor frecuencia posible, que la consideraba como la más seductora mujer. La joven parecía complacerse cruelmente en no aceptar aquellos testimonios repetidos de una ternura natural; coqueteaba primero con su esposo, y después refugiábase en su habitación, cerrando la puerta con llave: sólo alguna rara vez consentía en humanizarse un poco. Esta bárbara severidad sorprendía un poco á Félix. ¿Era aquello coquetería, ó deseo de dominar soberanamente, ó un simple capricho transformado en terquedad por el orgullo? El caso es que, al cabo de pocos meses, cambiando de improviso, Nelly declaró resueltamente su intención de no ser en adelante más que la hermana de su esposo. Félix trató de disuadirla, convenciéndola de que el matrimonio tiene fines á la vez más agradables y más altos; pero no le fué posible conseguir la menor cosa, pues Nelly se obstinaba en su resolución glacial. El infeliz agente de cambio se dijo entonces que lo mejor sería, tal vez, despertar los celos de su caprichosa compañera; y he aquí por qué

hizo á la joven Aurelia su culpable declaración. En vez de ocultar estas relaciones, esforzábase por darlas á conocer, deseando que Nelly no ignorase aquellos amores ilícitos.

Faustina reía á carcajadas: aquel marido infiel por amor, y aquella mujer enamorada, glacial por coquetería, divertíanla como dos personajes de comedia. Seguramente, nada amenazaba la felicidad de su amiga; sólo una simple mala inteligencia separaba á los dos esposos. Faustina seguía riéndose, y sus carcajadas intimidaban cada vez más al señor Percier, quien creía que se burlaban de él.

—No me burlo de usted, caballero—dijo la señora de Guessaint;—pero debe usted confesar que la situación es muy cómica.

—A mí no me parece así—murmuró el agente.

El señor Percier tenía el aspecto tan contristado, que Faustina se apresuró á tranquilizarle, prometiéndole que su felicidad conyugal renacería muy pronto. Predicaría un poco de moral á Nelly, encargándose de convertir en una docilidad de oveja el caprichoso carácter de su amiga. Sólo pidió para eso un plazo de ocho días; antes de este tiempo, Nelly, arrepentida y enmendada, descorrería el cerrojo de su puerta, causa primera de todos aquellos desastres.

El señor Percier estaba todavía cerca de la casa, muy consolado ya, cuando el señor Guessaint se presentó en la habitación de su esposa.

—¿Te molesto, amiga mía?—preguntó con su acostumbrada política.

—¿Deseabas hablarme?

—Sí; sólo para darte una noticia que acaba de sorprenderme. He recibido ahora mismo una carta del ministerio de Marina, en la cual me dicen que debemos marchar á Orán mucho más pronto de lo que yo creía, de aquí á cuatro ó cinco días.

—Te deseo buen viaje, amigo Enrique.

—Gracias. Ahora están enganchando el coche, y si quieres iremos á dar una vuelta.

—Gracias; hace muy buen tiempo, y como no he salido en todo el día, llegaré hasta la Muette andando.

Faustina experimentaba la necesidad de cansarse, de refrescar su fiebre, y también de distraer las largas horas; estaba impaciente por llegar al otro día, á esa hora deliciosa en que alegre y contenta, debía dirigirse al taller. Las confesiones del señor Percier, aquellas confidencias que le parecían tan cómicas, ejercían en ella una influencia fisiológica; aunque ruborizándose, siempre tan pura y tan casta, envidiaba los delicados goces de los amores permitidos. ¡Ah! si fuese libre, ¡qué feliz se consideraría si llegase á ser esposa de Santiago! El amor progresa en un corazón joven con sorprendente rapidez; Faustina no discutía ya consigo misma; confesábase su amor, pero no experimentaba temor alguno, pues creíase segura de sí misma, y también del artista. Santiago no se atrevía nunca á revelar su pasión, y aunque así fuese, ella ocultaría la suya para que él no supiese nada. La señora de Guessaint seguía meciéndose en su peligrosa seguridad. Si amaba, el amor no sería para ella nunca más que un sentimiento

sublime, que templaría suavemente su corazón sin consumirle. Faustina era feliz, muy feliz; la vida se le presentaba con nuevos colores. Por la noche, cuando tenía convidados, admiraba á sus amigos con su viva y alegre conversación; y Nelly, cada vez más admirada, no comprendía aquella súbita metamórfosis. La orgullosa Faustina, humanizándose de repente, parecía descender de las alturas donde acostumbraba á mantenerse. Hablaba con mucha volubilidad, dando á conocer su espíritu superior, y haciendo uso de frases ingeniosas y chistes que contrastaban con su acostumbrada reserva. Cuando volvía á su habitación, contaba las horas que la separaban de su visita habitual á la plaza de Batignolles.

A las ocho de la mañana, Santiago llegó al taller, fruncido el entrecejo y la mirada sombría. Todo le pesaba; no había podido dormir, ni había visto á Faustina desde la antevíspera, y la fiebre de la impaciencia le devoraba. Dominado por su ardiente naturaleza, no se sentía ya con fuerzas para resistir; despachó á su discípulo, que siempre solía quedarse hasta la llegada de Faustina, y ocupóse él mismo en los mil detalles de su tarea acostumbrada. Muy pronto, sin embargo, sintióse desfallecer, y se tendió en el canapé, ocultando en los cogines su ardiente cabeza, como si quisiera olvidar. Por fin llegó Faustina, y Santiago, dominando su trastorno, esforzóse por parecer sereno.

—¿Está usted libre mañana por la noche, caballero? —preguntóle, sentándose en el sitio acostumbrado.

—Mañana... sí, señora.